

La cajita labrada

Ada Lago



Capítulo 1

Como de costumbre, la mejor actuación aguardó hasta el final del espectáculo. Sobre la improvisada plataforma de madera habían desfilado todo tipo de luces de colores, juegos de cartas e historias sobre mundos mágicos y distantes. Las ilusiones de cada una de las personas del público habían tomado una forma fugaz sobre aquel escenario itinerante, dejando que la tediosa rutina desapareciese por unos instantes de la mano de contorsionistas, malabaristas y cuentacuentos. El momento álgido de la función estaba por llegar. Todos esperaban ansiosos al célebre ilusionista y mago Sabin Lefebvre, incluída la figura que más allá de los asientos intentaba ocultar su presencia tras un grueso poste.

Elysse había contemplado todas las actuaciones con mirada crítica. Ella quería ver magia, magia de verdad. Pero no tenía tiempo. Debía regresar a casa antes de que se percataran de su ausencia. El último moratón acababa de desaparecer y no tenía ganas de recibir uno nuevo. Resignada, se dispuso a retirarse. Entonces, el gran mago hizo su aparición en medio de un coro de aplausos.

Tenía todo el aspecto misterioso que debe tener un mago: traje negro y sombrero de copa que se quitó con un floreo destinado al público. Era un hombre joven que irradiaba confianza en sí mismo. Elysse se sorprendió cuando su cabello quedó al descubierto. Una melena totalmente blanca, impoluta, se derramó sobre sus hombros. El rostro, de labios gruesos y pómulos marcados, era tan perfecto que causaba inquietud.

Sabin paseó los ojos por las caras de todos los presentes, con calma, hasta que finalmente se posaron en la distante Elysse. Esbozó para ella una sonrisa torcida, y la joven dio un respingo. Antes de que los espectadores girasen la cabeza, se esfumó del lugar, rápida como un soplo de viento.

Pese a que aquel cruce de miradas había turbado a Elysse, ésta tenía demasiadas cosas por las que preocuparse. Se hubiera olvidado por completo del mago, pero Sabin, quien solía ver en su público una masa de pueblerinos fácilmente impresionables, estaba intrigado por la muchacha que había huido de su mirada como un cervatillo asustado. Distinguió algo inconcreto en la joven; una chispa de desafío en sus pupilas, una luz tenue surgiendo entre la mediocridad. Y no había nada más atrayente para el mago que las pequeñas joyas escondidas en medio de

la insignificancia.

La mañana era fresca y el rocío escarchado se adhería a la vegetación. Yendo contra sus costumbres, Sabin se mezcló entre los habitantes del pueblo con la esperanza de encontrarla. Por fin lo hizo cuando llegó al río. Se detuvo para observar sin ser visto, y para escuchar. Elysse cantaba mientras restregaba la ropa húmeda contra las piedras rugosas de la orilla. Su voz, entrecortada cada vez que hundía las manos en el agua helada, maravilló a Sabin. El tono era puro, nítido en los agudos, asombrosamente sereno y contenido en los graves. La triste dulzura que escapaba de sus labios hubiera podido partirle el corazón a cualquiera. Pero Sabin no tenía corazón. En cambio, sabía apreciar las cosas bellas, y en ese momento decidió que tal voz debía pertenecerle.

Un golpe de viento soltó el pañuelo que cubría el cabello de Elysse, liberando unos oscuros bucles que se mecieron al antojo de la brisa. La joven interrumpió su canción para maldecir con rabia. El mago, sorprendido, soltó una carcajada. Ella alzó los ojos, y al verle, un intenso rubor inundó sus mejillas.

—Os ruego que me disculpéis —pidió Sabin, librando la distancia que les separaba—. No he podido evitar detenerme a escucharos.

Ella le examinó mientras se acercaba. La piel que asomaba por el cuello de su camisa abierta era inusualmente pálida, blanca como su extraño cabello. El contraste con sus ojos oscuros y brillantes le otorgaba un aspecto irreal. Elysse sintió un escalofrío.

—El hecho de dirigiros a mí como sí fuera una dama no va a lograr que me resultéis más agradable —contestó la joven fríamente.

—¿Acaso os caigo mal?

—No suelo simpatizar con las personas que me observan a escondidas. —Elysse miró hacia ambos lados con repentino temor—. Además, puedo estar en problemas si el sacerdote llega a verme hablando con un mago.

—Podéis estar tranquila. Os aseguro que los impuestos que me ha exigido el regidor por actuar en vuestra piadosa aldea han comprado la indulgencia de los religiosos.

—Aun así, me daréis problemas.

Ignorando la advertencia, se agachó junto a Elysse. Al contemplarla de cerca pudo ver un oscuro redondel en su mejilla. Era una muchacha hermosa, pero sus rasgos estaban nublados por un hondo pesar que se

empeñaba en disimular.

—Ya parecéis tener muchos problemas —opinó Sabin, meditabundo—. ¿Nunca habéis pensado en alejaros de ellos?

—No puedo irme. Voy a casarme. —Lo dijo con el mismo tono que si la hubieran condenado a la hoguera.

—¿Es él quien os hace esto? —preguntó el mago suavemente, y alargó el brazo para tocar el cardenal de su mejilla.

Elysse retrocedió bruscamente ante su contacto.

—No... —titubeó—. Él... es un buen chico, pero tiene menos inteligencia que una vaca.

Sabin no pudo reprimir una nueva sonrisa, que ella interpretó como una burla.

—¿Qué queréis de mí? —quiso saber, ofendida.

La seriedad se impuso en el rostro del mago. Cuando habló, su voz tenía matices enigmáticos. Escucharlo era como asomarse a un mundo de oscuros secretos.

—Puedo liberaros de todo lo que no deseáis a cambio de vuestra voz. Vuestro canto convertiría mi espectáculo en una obra de arte capaz de elevar el alma del más tosco de los labriegos. Veríais nuevas tierras, sin ataduras, disfrutando de la más plena libertad. —Sabin hizo una pausa—. Nadie volvería a golpearos.

Elysse esbozó una sonrisa afligida.

—Vivís en un mundo demasiado ideal, mago. Si os encargáis de cuidar de mi madre cada vez que él la muele a golpes, cantaré para medio mundo. —Su dulce voz destilaba amargura—. Pero como no creo que os ocupéis de tales menesteres, yo debo quedarme aquí.

—Anoche estabais escondida, oteando mi espectáculo como si estuvierais cometiendo un pecado —le recordó él, sondeando sus pensamientos—. Buscabais algo extraordinario, un atisbo de esperanza.

Estrujando el trapo que sostenía entre las manos, Elysse clavó la mirada en un punto inconcreto más allá del río.

—La magia es como el amor. Sólo es real en libros y leyendas, y en

vuestro mundo itinerante.

—Me subestimáis. Puedo solucionar todos vuestros inconvenientes si me prometéis vuestra voz.

—Muy bien, señor mago —respondió Elysse, perdiendo la paciencia. Con la intención de librarse de él, prometió—: Si hoy, cuando regrese a casa, todo es ideal y perfecto, mi voz será vuestra.

Era todo cuanto él necesitaba. Sabin le dedicó la más perfecta de sus sonrisas.

Lo más sorprendente no fue encontrar a su padre en casa, en lugar de en la cantina. Lo fue el hecho de hallar a su madre en pie, radiante, con la fina piel del rostro libre de huellas oscuras. Arreglaba un bonito ramillete de flores silvestres mientras tarareaba una canción que Elysse rescató de entre la maraña de su memoria dormida; una canción de cuna que hacía años que nadie cantaba. Las tenues notas esbozadas con dulzura por los labios de su madre bastaron para que los ojos se le llenaran de lágrimas. Se volvió hacia su padre, y su aliento sin restos de alcohol y el tono afectuoso de su voz la confundieron aún más.

—Elysse, he estado pensando en ese chico, Jake. Es un buen tipo, algo bruto, pero de familia honrada. La verdad es que no creo que sea el hombre que vaya a hacer feliz a... Bueno, ya sabes, a ti, que siempre andas con un libro en la mano y un montón de sandeces en la cabeza.

La muchacha asintió con gesto ausente, desconcertada.

—Lo que quiero decir es que... pues eso. —El hombre se rascó la cabeza—. No tienes que casarte si no quieres.

—No puede ser... —masculló ella, retrocediendo unos pasos.

Abandonó la casa a toda prisa. Corrió a lo largo del sendero hacia el extrarradio del pueblo, sin importarle que el polvo y las piedras del camino le irritasen los pies. Una creciente inquietud la invadía, seguida de un temor que se enroscaba en sus entrañas formando un confuso presentimiento. Necesitaba entender qué estaba ocurriendo, aunque una parte de su mente le sugería respuestas que se negaba a aceptar.

Cuando alcanzó los carromatos pertenecientes al circo itinerante y se detuvo, respiraba agitadamente. Un temblor incontenible se revelaba en sus manos. Miró a su alrededor. Había cuatro carromatos decorados con llamativas telas y banderines de colores, pero no vio a nadie. Sólo dos caballos pastaban en el margen del camino. Tras un momento de indecisión, Elysse ascendió por las estrechas escalerillas y se asomó al interior del primer carromato.

Estaba totalmente vacío. No había ningún tipo de atrezzo, ni cuchillos, ni antorchas, ni pelotas de colores o instrumentos musicales. Extrañada, Elysse inspeccionó los otros carromatos. Los encontró exactamente igual: huecos, desiertos, como si fueran parte de un decorado. El último, en cambio, era ligeramente distinto, pues se accedía a él mediante una pequeña puerta trasera que la joven no dudó en atravesar, aprovechando que ningún integrante del espectáculo ambulante estaba por allí.

Elysse ya no sabía bien qué tipo de respuestas estaba buscando. Cuando entró en el carromato, olvidó por un instante las razones que la habían llevado allí. El amplio carro estaba atestado de todo tipo de disfraces y objetos. Algunos eran habituales en un circo, pero otros eran totalmente desconocidos para Elysse. Los examinó, maravillada, y después exploró los pequeños armarios que estaban clavados en los laterales, llenos de libros ilustrados que abarcaban una amplia temática. Entonces, halló una especie de vitrina plana tras unas cortinas rojas cercanas al extremo opuesto de la puerta. Contenía cinco cajitas de madera, delicadamente labradas, con una fina cadena de plata engarzada. Sobre cada cubierta aparecía un nombre distinto, y Elysse no tardó en reconocerlos. Alargó los dedos para acariciar las letras a la vez que los leía: Damián, Regina, Jacob, Cyria y Edmund. El traga-fuegos, la chica malabarista, el viejo músico y cuentacuentos, la hermosa contorsionista y por último, el maestro de las cartas. La joven tomó una cajita al azar. La tapa no tenía ningún cierre, y Elysse, abstraída, se disponía a abrirla cuando un golpe a sus espaldas hizo que la dejase inmediatamente en su lugar.

Sabin estaba en la puerta. El ala del sombrero le ensombrecía la mirada, pero su boca mostraba una sonrisa alegre.

—Me has ahorrado el trabajo de ir a buscarte, aunque confieso que tu pequeño pueblecito es agradable para pasear. Menos agradable si le privamos de tu presencia, pero ellos sabrán acostumbrarse—. El tono del mago ya no era tan cordial, y su amabilidad sonaba afilada, cortante.

Las preguntas se agolparon en la garganta de Elysse. ¿Qué había ocurrido en su hogar? ¿Dónde estaba el resto de la troupe? Desvió una vez más la mirada hacia las cajitas labradas, y comprendió.

—Quiero romper el trato —murmuró, acongojada.

La risa ligera y cristalina de Sabin resonó por el carromato.

—Cantarías para medio mundo si yo solucionaba tus problemas, y he cumplido con mi parte. —El mago comenzó a avanzar hacia ella—. Un acuerdo como el nuestro no puede romperse. ¿Acaso crees que para mí ha sido sencillo? —alegó con cierto deje dramático.

—¡Pero yo no sabía...!

—Ah —interrumpió Sabin, sonriente—. Pero ahora ya sabes.

Elysse supo que no tenía escapatoria cuando, entre los dedos del mago, distinguió el sutil destello de una fina cadena de plata.

La mañana era fresca y el rocío escarchado se adhería a la vegetación. Sabin silbaba una vieja melodía mientras guiaba con mano experta a los dos caballos de tiro que acarreaban su carromato. Una aldea se perdía a sus espaldas hasta desaparecer tras una curva del camino. Detuvo entonces la alegre canción para colocarse la blanca cabellera tras los hombros. A continuación, extrajo una hermosa cajita del interior de una faltriquera de cuero. Satisfecho, pronunció en voz alta el nombre que aparecía grabado sobre la cubierta con bella caligrafía: Elysse.